

POR QUÉ TENGO RAZÓN EN TODO¹

Leszek Kolakowski

Estimado Edward Thompson:

El hecho de que tu carta se refiera en la misma medida (por lo me-nos) a actitudes personales que a ideas es responsable de que no me sienta particularmente feliz de mantener contigo una correspondencia pública.

Además, hoy ya no tengo cuentas pendientes con la ideología comunista ni con el año 1956; las saldé hace mucho. Pero si insistes...

(...)

En la reseña de Raymond Williams publicada en el último tomo del *Socialist Register* leí que tu carta es uno de los mejores textos escritos por un hombre de izquierdas durante el último decenio, lo cual implica directamente que todos o casi todos los demás son peores. Williams sabrá lo que dice, y yo le creo. Debería sentirme orgulloso de haber contribuido en cierto modo al nacimiento de tamaño texto, aun cuando se dé la coincidencia de que vaya dirigido contra mí. De ahí que mi primera reacción sea de gratitud.

¡Embarras de richesse! —ésta es mi segunda reacción—. Te ruego, pues, que me disculpes por seleccionar y plantear en mi réplica sólo algunos temas de los muchos que tienen cabida en las cien páginas de tu —admítelo, algo caótica— carta abierta. Intentaré limitarme a los más controvertidos. Creo que sería una imprudencia opinar sobre los fragmentos autobiográficos de tu misiva, por más interesantes que éstos sean. Cuando afirmas, por ejemplo, que nunca vas

1. Extracto de la carta publicada en 1974 en el anuario *The Socialist Register* como respuesta a la carta abierta de cien páginas dirigida a Leszek Kolakowski, escrita por Edward Thompson y publicada en el número anterior (1973). Tomado de KOLAKOWSKI, Leszek.: *Por qué tengo razón en todo*, Barcelona, Melusina, 2007, 309-335.

de vacaciones a España, que participas en congresos socialistas sólo a condición de que una parte de los gastos corra a tu cuenta, que rechazas las invitaciones a los simposios de la Fundación Ford, que eres como los cuáqueros de antaño que se negaban a agachar la cabeza ante cualquier autoridad, etcétera, no creo que deba obsequiarte a cambio con una lista de mis virtudes; no dudo de que sería menos imponente. Tampoco contaré cómo te apartaron de la *New Left Review* sólo porque tú hayas relatado cómo me expulsaron de las redacciones de varias revistas –serían historias más bien banales–.

Mi tercera reacción es la tristeza, y lo digo en serio. Aunque sea incompetente en la disciplina que cultivas, no me resulta ajena tu reputación de sabio y de gran historiador, por lo que me duele encontrar en tu artículo una cantidad tan inmensa de tópicos izquierdistas. Estos tópicos suelen usarse de viva voz y por escrito con tres finalidades: primero, hacen caso omiso del significado de las palabras y forman mezcolanzas verbales idóneas para oscurecer el problema; segundo, en algunos casos remiten a criterios morales o sentimentales y en otros, muy semejantes, a criterios políticos o históricos; tercero, no tienen en cuenta los hechos históricos.

(...)

Doy por supuesto que los dos vemos las cosas como son y no deducimos nuestro saber sobre las sociedades existentes de ninguna teoría general. (Llegados a este punto, te relataré la conversación que mantuve con un maoísta hindú. Me dijo: «La revolución cultural china es la lucha de clases entre los pobres y los campesinos ricos». Le pregunté: «¿Y cómo sabe usted eso?». A lo que me contestó: «Lo dice la teoría marxista-leninista». «Me lo temía» fue mi respuesta, y mi interlocutor no la comprendió, pero espero que tú sí que la comprendas.) Como sin duda sabes, toda ideología, con tal de que sea lo bastante confusa, es capaz de asimilar (es decir, rechazar) cualquier hecho real sin tener que renunciar a ninguno de sus elementos. Pero el problema es que los seres humanos en su mayoría no son ideólogos apasionados. Funcionan como si ninguno de ellos no hubiera visto nunca el capitalismo ni el socialismo, sino únicamente una cadena de hechos nimios que sus mentes toscas no son capaces de interpretar en términos teóricos. Se limitan a advertir que en algunos países la gente vive mejor que en otros, que en algunos países la producción, la distribución de bienes y los servicios funcionan mejor que en otros, que hay países cuyos habitantes gozan de libertad y de derechos humanos y civiles, y otros, donde estos derechos están ausentes (debería haber escrito «libertad» entre comillas, como lo haces tú. Soy consciente de que esto forma parte de la obligada ortografía izquierdista: en referencia a la Europa occidental, la palabra «libertad» debe usarse sólo entre comillas; porque, realmente, ¡vaya libertad! ¡Es para morir de risa! Y sólo nosotros, gente sin sentido del humor, no nos reímos).

No intento convencerte de que vives en un paraíso mientras que nosotros vivimos en un infierno. En mi país, Polonia, no pasamos hambre, hoy en día ya no se sufren torturas en las cárceles, no existen los campos de concentración (a diferencia de Rusia), en los últimos años ha habido pocos presos políticos (a diferencia de Rusia) y muchos viajan al extranjero con relativa facilidad (también a diferencia de Rusia). Y, sin embargo, somos un país privado de soberanía, y no precisamente de la soberanía por la que los señores Foot y Powell temen después del ingreso de Inglaterra en el Mercado Común; nuestra carencia es palpable y dolorosa. Todas las esferas clave de nuestra vida, incluidos el ejército, la política exterior, el comercio internacional, los sectores importantes de la industria y la ideología están bajo el control de una potencia extranjera que ejerce su poder con considerable meticulosidad (prohibiendo, por ejemplo, la publicación de algunos libros y la difusión de algunas informaciones, por no decir nada de asuntos más importantes). No obstante, sabemos valorar nuestros vestigios de libertad, de cuya dimensión nos percatamos al comparar nuestra situación con la de países totalmente liberados como Ucrania o Lituania que, en cuanto al derecho de autogobierno, están mucho peor de lo que nunca estuvieron las antiguas colonias del Imperio Británico. Y, por lo que atañe a nuestro margen de libertad, el problema es que, por muy grandes que sean sus dimensiones (podemos decir y escribir más cosas que los habitantes de cualquier país de la zona del rublo excepto Hungría), no está garantizado por ninguna ley y puede suprimirse (como de hecho ya ocurrió una vez) en cualquier momento por decisión de la cúpula del partido residente en Varsovia o en Moscú. Y si esto nos ha tocado en suerte es porque nos hemos deshecho de aquella falaz institución burguesa que es la separación de poderes y hemos puesto en práctica el sueño socialista de la unidad, lo cual significa que un solo aparato, además de regir la totalidad de los medios de producción, concentra en sus manos el poder legislativo, el ejecutivo y el judicial; los que dictan las leyes, las interpretan y las ejecutan son la misma gente: el rey, el parlamento, el comandante en jefe de los ejércitos, el juez, el fiscal y (un invento socialista) el propietario de todos los bienes públicos y único patrono se sientan junto a un solo escritorio. ¿Es imaginable una cohesión social más perfecta?

Te enorgulleces de no ir de vacaciones a España por razones políticas. Yo, un hombre carente de principios, he estado allí dos veces. Me sabe mal decirlo, pero aquel régimen, sin duda opresor y antidemocrático, ofrece a sus ciudadanos más libertad que cualquier país socialista (tal vez excepto Yugoslavia). Al decirlo, no siento ningún tipo de *Schadenfreude*, sino vergüenza, porque aún recuerdo el dramatismo de la guerra civil española. Los españoles tienen las fronteras abiertas (no importa por qué motivo, que en este caso son los treinta millones de turistas que cada año visitan el país), y ningún régimen totali-

tario puede funcionar con las fronteras abiertas. Los españoles no tienen censura preventiva, allí la censura interviene después de la publicación del libro (se publicó un libro que a continuación fue confiscado, pero entretanto se habían vendido mil ejemplares; ya nos gustaría tener en Polonia tales limitaciones), en las librerías españolas pueden comprarse las obras de Marx, Trotsky, Freud, Marcuse, etcétera. Igual que nosotros, los españoles no tienen elecciones ni partidos políticos legales pero, a diferencia de nosotros, disfrutaban de muchas organizaciones independientes del Estado y del partido gobernante. Y viven en un país soberano.

Probablemente me dirás que escribiendo estas cosas gasto tinta en vano, porque ya has declarado que estás lejos de tomar como modelo a los países socialistas existentes y que piensas en términos de un socialismo democrático. Es verdad. No te acuso de ser un incondicional de la policía secreta socialista. Sin embargo, lo que intento decirte me parece fundamental para tu artículo por dos motivos. El primero: tú ves en los países socialistas existentes los inicios (imperfectos, todo hay que decirlo) de un orden social nuevo y mejor, unas formas transitorias que superan al capitalismo y se dirigen hacia la utopía. No te discuto que sean formas nuevas, pero niego rotundamente que superen en cualquier aspecto a las que funcionan en los países democráticos de Europa, y te conmino a demostrar lo contrario, es decir, a señalar un solo punto en el que los países socialistas puedan presumir de esta superioridad, excepto en lo que todos los regímenes despóticos aventajan a los democráticos (tienen menos problemas con la población). El segundo, aunque no menos importante: alardeas de saber lo que significa el socialismo democrático, mientras que todo parece indicar que no es así. Dices: «De aquí a dos centenares de años, mi utopía no será la época de descanso de Morris. Será un mundo (así lo quería D. H. Lawrence), donde el dinero habrá cedido paso a la vida y donde (como quería W. Blake) las guerras intelectuales habrán sustituido a las guerras físicas. Unas fuentes de energía fácilmente accesibles harán que algunos hombres y algunas mujeres puedan elegir vivir en comunidades semejantes a un monasterio cisterciense donde, rodeados de belleza y vegetación, compaginarán las labores del campo con el trabajo intelectual. Otros preferirán la diversidad y el ritmo de la vida urbana, que recuperará algunos de los valores de la ciudad-estado. Otros más escogerán la vida solitaria, y muchos pasarán el tiempo alternando todos los estilos. Los científicos estarán al día de las disputas que mantendrán las escuelas de París, Yakarta y Bogotá».

He aquí un buen ejemplo de la literatura socialista. Se resume en que el mundo debería ser bueno y no malo, y en esto puedes contar conmigo sin condiciones. También comparto sin ningún pero tu opinión (y también la de Marx y de Shakespeare), según la cual es lamentable que el pensamiento humano

esté ocupado por la interminable búsqueda de dinero, que las necesidades tengan la extraña propiedad de crecer hasta el infinito y que el afán de lucro y no un criterio de utilidad rija la producción de los bienes. La ventaja que me llevas consiste en que sabes perfectamente qué hacer para acabar con todo eso, y yo no. Si los problemas de los regímenes comunistas de carne y hueso –los ideólogos izquierdistas se los quitan de encima con gran facilidad («de acuerdo, pero las circunstancias eran muy especiales, nosotros no vamos a repetir aquel modelo, lo haremos mejor, etcétera»)– son tan fundamentales para el pensamiento socialista es porque las vivencias de la «nueva sociedad alternativa» demuestran sin dejar lugar a dudas que la panacea izquierdista contra todas las dolencias sociales –la propiedad estatal de los medios de producción– no sólo es perfectamente compatible con todas las plagas imaginables del mundo capitalista como por ejemplo la explotación del hombre, el imperialismo, la destrucción de la biosfera, la miseria, el despilfarro de los medios económicos, el chauvinismo y la persecución de las minorías étnicas, sino que además las complementa con un puñado de plagas de producción propia: el bajo rendimiento, la falta de estímulos económicos y, sobre todo, la autoridad ilimitada de una burocracia todopoderosa y la mayor concentración de poder que jamás se haya visto en la historia de la humanidad. ¿Todo esto es resultado de un golpe de mala suerte? No lo sugieres abiertamente, prefieres no ver el problema. Y tienes razón, porque todas las tentativas de analizar aquellas experiencias nos remiten no tanto a una coincidencia de circunstancias históricas como al núcleo mismo de la idea socialista. Dichos análisis revelan las incoherencias de los postulados que derivan de la idea en cuestión (o, en todos caso, demuestran que existen postulados cuya coherencia está por probar). Queremos una sociedad con una amplia autonomía de las pequeñas comunidades, ¿verdad? Y reclamamos una planificación económica centralizada. Piensa un poco, ¿cómo casas lo uno con lo otro? Exigimos el progreso tecnológico y deseamos una población totalmente protegida; mirémoslo con lupa, ¿cómo conciliar las dos demandas? Postulamos una democracia industrial y queremos una gestión eficaz de las empresas; ¿no tienen que colisionar por fuerza nuestras exigencias? ¡Claro que no! En el cielo izquierdista nada colisiona con nada y todo tiene arreglo. El lobo y el cordero duermen sobre la misma yacija. Basta con echar una mirada a las atrocidades que sacuden este mundo para entender lo fácil que será eliminarlas una vez llevemos a cabo la revolución pacífica que instaurará una lógica nueva, la lógica socialista. ¿La guerra en el Oriente Medio y las reclamaciones de los palestinos? ¡Pero si es fruto del capitalismo! ¡Dejadnos hacer la revolución y el asunto se solucionará solo! ¿La contaminación del medio ambiente? ¡¿Cuál es el problema?! ¡Dejad que el nuevo Estado proletario se haga cargo de las fábricas y no habrá contaminación! A los capi-

talistas no les importa la calidad de vida del hombre sencillo –¡dadnos el poder!– (efectivamente, en los países socialistas hay muchos menos coches y, por lo tanto, el problema de los atascos es proporcionalmente menor). ¿En la India, la gente muere de hambre? ¡¿Y cómo puede ser de otra manera si sus alimentos desaparecen en los estómagos de los imperialistas americanos?! ¡Pero cuando hagamos la revolución...! Etcétera. ¿La Irlanda del Norte? ¿Los problemas demográficos de México? ¿El odio racial? ¿Las guerras tribales? ¿La inflación? ¿La delincuencia? ¿La corrupción? ¿El deterioro del sistema educativo? ¡Existe una respuesta simple y, para colmo, única para todo!

Esto no es ninguna caricatura, no tiene nada de caricaturesco. Es el pensamiento estándar de quienes han superado las miserables ilusiones del reformismo para inventar una máquina portentosa que solucionará todos los problemas de la humanidad. Esta máquina se compone de unas cuantas palabras que, repetidas hasta la saciedad, parecen tener algún significado: revolución, sociedad alternativa, etcétera. Además, disponemos de un cierto número de términos peyorativos que siembran el horror, por ejemplo, «anticomunismo» o «liberal». Tú, Edward, también los usas sin ninguna aclaración, aunque seguramente sabes que su objetivo es confundir las cosas y crear una aura de asociaciones borrosas y negativas. ¿Qué es aquel anticomunismo que tú no profesas? Es cierto, hay quienes creen que Occidente no tiene ningún problema social serio excepto la amenaza comunista, que todos los conflictos sociales son fruto de las intrigas comunistas, que el mundo sería un paraíso si no fuera por los oscuros tejemanejes de las fuerzas comunistas y que incluso la dictadura militar más abominable es digna de elogios si liquida el movimiento comunista. ¿No eres anticomunista en este sentido? Yo tampoco. Pero te tacharán de anticomunista si no compartes la profunda fe en que el régimen soviético (o chino) actual es el más perfecto de todos los que jamás se hayan inventado o si escribes un simple estudio académico de historia del comunismo sin recurrir a mentiras. Y el repertorio de posibles causas no se agota con estas dos situaciones hipotéticas. «Anticomunismo» –el espantajo de la jerigonza izquierdista– es una palabra muy útil porque permite meter en el mismo saco actitudes de lo más diversas sin explicar nunca de qué se trata. Lo mismo ocurre con la palabra «liberal». ¿Quién es un «liberal»? ¿Tal vez el librecambista decimonónico que afirmaba que el Estado no debe intervenir en los «contratos libres» pactados entre el patrono y los obreros y que la existencia de los sindicatos sería incompatible con el principio de libre contratación? ¿Sugieres que no eres liberal en este sentido? Te honra no serlo. Pero, de acuerdo con el *Webster* o el *Larousse* revolucionarios que nunca se han escrito, eres «liberal» cuando partes de la premisa general de que la libertad es mejor que la esclavitud (no me refiero a la libertad verdadera y profunda de la que gozan los habitan-

tes de los países socialistas, sino a la miserable libertad formal inventada por la burguesía para engañar a las masas populares). La tarea fácil del término «liberal» es confundir éstos y muchos otros significados. ¡Anunciamos en voz alta nuestro rechazo lleno de desprecio al liberalismo, pero no expliquemos nunca a qué nos referimos!

¿Debo continuar? Una palabra más, que tú –todo hay que decirlo– no utilizas según dicta esta moda: «fascista». «Fascista» es alguien con quien no estoy de acuerdo, pero no me veo capaz de polemizar por culpa de mi ignorancia, de modo que le asesto un puntapié. Tras cosechar una amplia experiencia, me di cuenta de que «fascista» puede ser cualquier persona que opine: 1) que el hombre debe lavarse más bien que andar guarro; 2) que la libertad de prensa es mejor que la concentración monopolista de todos los medios de comunicación en manos de un solo partido gobernante; 3) que ni los comunistas ni los anticomunistas deberían ir a la cárcel por sus convicciones; 4) que la admisión en la universidad no debería estar supeditada a criterios que favorezcan ni a los blancos ni a los negros; 5) que la tortura es condenable, la aplique quien la aplique. (A bulto, «fascista» es lo mismo que «liberal».) En vigor de esta definición, es fascista cualquier persona que alguna vez ha sido encarcelada en algún país comunista. En 1968, los refugiados de Checoslovaquia fueron recibidos en Alemania por izquierdistas muy progresistas y absolutamente revolucionarios que blandían pancartas con la inscripción: «¡El fascismo no pasará!».

Y tú me reprochas que caricaturice a la Nueva Izquierda. Me gustaría que alguien me dijera qué queda aún por caricaturizar. Sin embargo, tu indignación es comprensible (éste es uno de los pocos fragmentos del texto donde tu pluma se enciende de ira). Citas la entrevista que di a una emisora de radio alemana y que, a continuación, fue traducida al inglés y publicada en el *Encounter*. Allí, en dos o tres frases imprecisas, manifesté el asco que me producen los movimientos de la Nueva Izquierda con los que tropecé en América y en Alemania. No dije a qué movimientos en concreto me refería, en cambio mencioné a «alguna gente», sin precisar de quién se trataba. Y esto significa que no excluí al *New Left Review* de los años 1960-1963, la época en que tú dirigías aquella revista. Con esta omisión te incluí en mi descripción. ¡Me has pillado! No sólo no insistí en que no me refería al *New Left Review* de los años 1960-1963, sino que –lo admito– no pensé en ella ni una vez durante toda la conversación que mantuve con el periodista alemán. Me pareció que decir «alguna gente de la Nueva Izquierda», etcétera, es como decir «algunos universitarios ingleses empujan el codo». ¿Crees que muchos científicos se sentirían ultrajados por esta afirmación (admito que muy poco original)? Y si así fuera, ¿quiénes serían? Me he consolado recordando que, todas

las veces que he dicho algo sobre la Nueva Izquierda, mis amigos socialistas no se han dado por aludidos, y no han necesitado para ello que los excluyera por el nombre.

Pero no puedo escurrir el bulto por más tiempo. Declaro y hago constar que, en 1971, cuando hablé del oscurantismo izquierdista en el transcurso de la entrevista que di para una radio alemana, no me refería al *New Left Review* de los años 1960-1963 dirigida por Edward Thompson. ¿Así está bien?

Tienes razón, Edward, cuando dices que los habitantes de la Europa oriental tenemos la tendencia de infravalorar los problemas sociales que aquejan a las sociedades democráticas, y que esa actitud nuestra es criticable. Pero nadie nos puede criticar por no tomar en serio a la gente que se muestra incapaz de memorizar correctamente un solo suceso de nuestra historia y no sabe decir qué clase de dialecto bárbaro utilizamos, lo cual no le impide creerse capacitada para darnos lecciones sobre lo magnífica que es la libertad de la que disfrutamos en el Este ni sacarse de la manga remedios científicamente probados contra todas las dolencias de la humanidad, unos remedios que resultan ser cuatro consignas repetidas hasta la saciedad que llevamos treinta años escuchando en todas las manifestaciones del uno de mayo y podemos leer en cualquier folleto de propaganda del partido. (Estoy hablando de la actitud de los progresistas radicales; la actitud de los conservadores frente a los problemas del Este es distinta y puede resumirse así: «eso sería algo horrible si pasara en nuestro país, pero parece estar hecho a la medida de aquellas tribus».)

Al abandonar Polonia en 1968 (durante los seis años anteriores no había viajado a Occidente), yo sólo tenía una vaga idea de lo que pueden llegar a ser los movimientos estudiantiles radicales y los grupúsculos o partidos izquierdistas. Lo que vi y leí me pareció lamentable y repugnante en casi todos (aunque no en todos) los casos. No derramé lágrimas al ver cuatro cristales rotos durante las manifestaciones —el capitalismo, esa vieja meretriz, se lo podía permitir—. Tampoco me escandalizó la ignorancia, algo normal entre los jóvenes. Lo que sí me impresionó fue la mayor decadencia intelectual que jamás hubiera visto en ningún movimiento de izquierdas. Vi a una gente joven deseosa de «reconstruir» las universidades y liberarlas de la salvaje y monstruosa opresión fascista. La misma lista de demandas, con pocas variaciones, se repetía en todos los campus universitarios. Los cerdos fascistas del *establishment* quieren que hagamos los exámenes, justo cuando estamos haciendo la revolución; ¡que le pongan a todo el mundo un excelente, y sin ningún examen! Lo que me pareció interesante fue que aquellos combatientes antifascistas pretendieran obtener notas y diplomas de matemáticas, sociología o derecho, y no de disciplinas tales como trajín de pancartas, distribución de octavillas o destrucción de los despachos universitarios. Y a veces conseguían lo que reclamaban —aquellos cerdos

fascistas del *establishment* les ponían notas sin examinarlos—. A menudo, se exigía la supresión de algunas asignaturas por innecesarias, por ejemplo, las de lenguas extranjeras (¡esos fascistas quieren que nosotros, los internacionalistas, los revolucionarios, perdamos el tiempo estudiando lenguas! ¿Por qué? ¡Porque quieren apartarnos de nuestro trabajo, que es preparar la revolución mundial!) En una universidad, los filósofos revolucionarios se declararon en huelga, porque entre las lecturas obligatorias encontraron a Platón, Descartes y otros bobalicones burgueses, y no a filósofos realmente grandes, como el Che Guevara y Mao. En otro lugar, los matemáticos revolucionarios aprobaron una resolución donde exigían que se les organizaran clases sobre la función social de las matemáticas y —la verdadera guinda del pastel— que los estudiantes pudiesen asistir a las clases sólo cuando les diera la gana sin que ello afectara a su expediente académico, lo cual hacía posible la obtención del diploma a cambio de nada. En otra parte, los nobles mártires de la revolución mundial exigieron que los examinaran sus propios colegas elegidos por votación, y no aquellos seudocientíficos reaccionarios y carcamales. Los profesores tenían que ser nombrados según criterios políticos, y el mismo principio debía regir la admisión de estudiantes. En varios lugares de Estados Unidos, la vanguardia de las explotadas masas trabajadoras prendió fuego a las bibliotecas universitarias, es decir, intentó destruir la superflua pseudo-ciencia del *establishment*. Huelga añadir que muchas, muchísimas veces, oí decir que las condiciones de vida en un campus universitario americano eran exactamente iguales a las de un campo de concentración nazi. Y, ¡cómo no!, todos eran marxistas, es decir, conocían tres o cuatro frases cuyos autores eran Marx o Lenin, y, en particular, la que reza: «Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*». Como adivinarás fácilmente, Marx quiso decir con eso que no vale la pena estudiar.

Podría llenar varias páginas con esta retahíla, pero ¡basta ya! Los modelos son siempre los mismos: la gran revolución socialista consiste en primer lugar en que, como premio a nuestros méritos, se nos entreguen títulos, privilegios y poder, y también en que se supriman los antiguos valores académicos como el saber y la capacidad de razonar lógicamente (pero, sobre todo, esos cerdos fascistas tienen que darnos dinero, dinero y más dinero).

¿Y qué ocurre con los obreros? Hay dos opiniones enfrentadas. Una (seudo-marcusiana) afirma que esos canallas están tan corrompidos por la burguesía que no se puede esperar nada de ellos y que ahora nosotros, los estudiantes, somos la clase social más perseguida y más revolucionaria. La otra (leninista) sostiene que los obreros tienen una conciencia equivocada y no comprenden su propia alienación, porque los capitalistas les dan a leer periódicos inapropiados. Pero nosotros, los revolucionarios, hemos almacenado en

la mente la conciencia proletaria correcta y sabemos qué deberían pensar los obreros y qué piensan de hecho sin darse cuenta de ello; por lo tanto, merecemos tomar el poder (pero no mediante ese juego idiota llamado elecciones que, como la ciencia ha demostrado, sólo sirve para engañar al pueblo).

Llamas a aquello con indulgencia «farsa revolucionaria». De acuerdo. Pero eso no basta. Aquella farsa no fue capaz de poner la sociedad patas arriba, pero sí pudo destruir la educación superior, y por esa razón el espectáculo tiene que preocuparnos (algunas universidades alemanas parecen ya escuelas del partido).

Ahora bien, volvamos a algunas cuestiones fundamentales que hemos planteado en nuestras cartas no abiertas. Dices en defensa del movimiento que acabo de describir: «Sí, pero por aquel entonces en Vietnam había una guerra». No te lo pienso discutir. Y sin duda también pasaban muchas otras cosas. Algunas características de las universidades alemanas tradicionales eran insostenibles. Las universidades italianas y francesas tenían también sus peculiaridades, no menos insostenibles. Todas las sociedades y todas las universidades poseen algunos rasgos que justifican una protesta. ¡Ahí está el busilis! No hay movimiento político que no presente alguna reclamación justa y bien fundamentada. Si te fijas en los reproches mutuos de los partidos políticos rivales, en sus ataques y sus reivindicaciones, encontrarás sin falta algunas consignas acertadas, lo cual no te bastará sin embargo para que les des tu voto a todos. Nadie se equivoca del todo y, observas con razón, que a los que se afiliaron al partido comunista no les faltaban motivos. Si te fijas en la propaganda que los nazis lanzaron contra la República de Weimar, encontrarás en ella muchas tesis razonables: los nazis decían que el Tratado de Versalles era un oprobio, y lo era; que la democracia estaba corrompida, y lo estaba; atacaban la plutocracia, la aristocracia, el poder de los ban-cos y, de paso, también la pseudo-libertad que no servía para satisfacer las necesidades del pueblo, pero resultaba cómoda para los sucios periodicuchos judíos. Y, sin embargo, sus razones no eran lo bastante buenas para que dijéramos: «de acuerdo, no se comportan de manera muy decente y algunas de sus tesis son más bien estúpidas, pero en muchas cosas están en lo cierto, de modo que les ofrecemos nuestro apoyo incondicional». Por lo menos, mucha gente se negó a decir semejante cosa. Pero si la campaña nazi no hubiera acertado en muchas de sus consignas, los nazis jamás habrían ganado y nunca se habrían producido fenómenos como el transfuguismo masivo, estandartes al viento, de las filas del Rotfront a las de la sa. Por eso, cuando veo movimientos que repiten este modelo de conducta y –en parte– coinciden ideológicamente (me refiero a las críticas a la libertad «formal», a las instituciones democráticas, la tolerancia y los valores académicos), los argumentos del tipo «pero por aquel entonces en Vietnam había una guerra» no me causan una gran impresión.